

A black and white close-up portrait of a man with a short beard and intense gaze, wearing a leather jacket. The background is dark and moody.

Novela

PEDRO GARCÍA AGUADO

# CUADERNO DE REBELDES



Planeta  
Ficción

# Cuaderno de rebeldes

Pedro García Aguado

Primera edición en esta colección: marzo de 2014

© Pedro García Aguado Asesoría y Comunicación, S.L., 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1<sup>a</sup> – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B 7622-2014

ISBN: 978-84-16096-23-7

Idea de portada:

Mireia Mulà Sánchez

© fotografías de portada y solapa,

Anna Garcia Estudio Fotográfico, 2014

Composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

ÚLTIMA ANOTACIÓN EN LA LIBRETA PERDIDA DE UN ALUMNO ANÓNIMO. INSTITUTO SANTA ISABEL

A veces pasan cosas terribles que lo desordenan todo. Terminan de un plumazo con lo que crees que durará incluso después de que el aburrimiento acabe también contigo. Como tus compañeros de toda la vida, con sus chorradas y gilipolleces. Pero cómo vas a imaginar que cualquiera de ellos puede morir en el momento más inesperado y de la manera más asquerosa.

Quizá alguno hasta tiene el mal gusto de hacerlo delante de tus narices y de cambiarte la vida. De abrirte de arriba abajo. Y así tienes que seguir viviendo de aquí en adelante...

PRIMERA PARTE

## Los últimos días de verano

*(Algunos meses antes de que la anotación fuese escrita.)*

15 de septiembre de 2012

## CAPÍTULO 1

# Alguien resulta herido

SER GUAPO Y DIVERTIDO ES UNA FÓRMULA que ha funcionado desde que el mundo es mundo. Las chicas te adoran y no tienes que esforzarte en hacer amigos. Eres el puto amo y son ellos los que se mueren por formar parte de tu círculo. Puede ser que a la mayoría ni siquiera le caigas bien, pero te reirán las gracias y aceptarán tu superioridad sin rechistar.

Y eso es más que suficiente para cubrir las necesidades de cualquiera. O, al menos, para cubrir las de Jan, el guaperas del instituto. Jan hacía mucho tiempo que no se calentaba la cabeza con la posible autenticidad de las cosas. Se limitaba a mantener la distancia de seguridad precisa para que nadie escarbara en su interior más de lo necesario.

Su madre ni siquiera lo intentó. Al principio fue muy duro y se sentía el tipo más desdichado del mundo. Miraba de reojo a otras madres abrazando a sus hijos en el parque, consolándolos de sus pequeñas heridas o contándoles secretos al oído. Veía reír a los niños y eso le partía el corazón.

Pero, con el tiempo, aquel mocoso quejica creció y dejó de lamentarse. Se convenció de que tener una madre de cartón piedra era lo más deseable para cualquiera. La ma-

yoría de sus amigos lo envidiaban por ello. Sobre todo ahora, teniendo en cuenta su catastrófico estilo de vida y la pasmosa facilidad para meterse en problemas de la que hacía gala casi a diario.

Su padre se llamaba Felipe y siempre estaba de viaje. Cuando volvía a casa, escondía la cara detrás de la pantalla de su portátil o hundía la cabeza en un periódico deportivo para no escuchar los berridos machacones de su mujer sobre las salvajadas constantes de los chicos.

Hasta que un día ella se olvidó de aquel espinoso asunto de la educación y las discusiones se hicieron humo. La paz volvió al hogar y el silencio se instaló como el lenguaje perfecto de una familia de extraños que cada vez hacían menos esfuerzos por conocerse.

Felipe sentía a veces que sus hijos se habían convertido en dos bichos raros de los que ignoraba casi todo. Sentía vértigo solo de pensarlo. Detrás de aquellas caras sonrientes podía esconderse cualquier cosa. Alguna vez había leído casos espeluznantes acerca del lado oscuro de chicos presuntamente perfectos. Suponía que Sergio era un buen estudiante. Se pasaba la vida en la biblioteca o encerrado en su habitación y sus resultados escolares eran brillantes. Pero siempre quedaba un atisbo de sospecha sobre si las cosas son realmente lo que parecen.

Jan estaba hecho de otra pasta. Por eso prefería hacer la vista gorda cuando llegaba con los ojos enrojecidos como dos tomates dando traspies a las tantas de la madrugada. No quería malgastar energía extra en una cuestión que podía convertir la convivencia pacífica de la familia en un campo de minas. Para eso estaba su mujer, que se pasaba el día correteando por ahí con las amigas. Él debía limitarse a

cumplir unos objetivos comerciales cada vez más inalcanzables y ganar el dinero necesario para que no faltara de nada en casa.

Jan bajó de la moto sintiendo las miradas de todos sobre su espalda. Aseguró el caballete, se quitó el casco y puso en orden su cabello rubio y espeso con cuatro dedos expertos. Las gafas de sol le permitían ver sin ser visto. Echó una mirada alrededor. La puerta del instituto parecía un avispero. Grupos de adolescentes hablaban, chillaban, chateaban con sus *smartphones* y fumaban con desenvoltura. Sus amigos siempre estaban sentados o apoyados con indolencia sobre el murete de piedra que hacía de frontera entre la libertad vigilada del patio escolar y el provocativo mundo exterior.

Eran cuatro chicos de dieciséis, diecisiete años, que se consideraban por encima de la mayoría. Todos ellos pertenecían a una clase social algo más acomodada que el grueso de los alumnos del centro y muy superior a un puñado de *marginis*, que rozaban peligrosamente la miseria. Eso les permitía conducir una Yamaha 125, calzar Bikkembergs y disponer de pasta suficiente para permitirse algunos vicios caros, mientras que el resto tenía que conformarse con esperar tiempos mejores, rastrear las tiendas virtuales en busca de alguna ganga de mercadillo y arreglar cualquier chatarra vieja para moverse de un sitio a otro.

El grupito de las divinas se había adueñado del banco de madera situado justo enfrente del rincón de los chicos, y a estas alturas ya nadie recordaba si fueron ellos los que se apostaron en el muro para no perder de vista a los cuerpos más explosivos del instituto o fueron ellas las que decidieron lucir curvas delante de Jan y sus amiguitos.



Jan inspiró profundamente. Se notaba que el verano daba sus últimos coletazos de fuego en las primeras brisas frescas y profundamente agradables que te hacían sentir más vivo. Lo genial de la historia era que el inicio del curso siempre combinaba la temperatura perfecta con otras circunstancias igualmente estimulantes para la raza masculina. La mejor de ellas era que las chicas aún llevaban aquellas faldas cortas de tela fina que revolotean por el aire dejando al descubierto algún que otro tanga y un buen trozo de piel morena desnuda de esas descorazonadoras medias gruesas capaces de fusilar la ilusión del más entusiasta.

Claudia, sin embargo, no pertenecía al clan de las divinas. Aunque era tan atractiva como cualquiera de ellas, siempre había sido tímida y su ropa de modosita resultaba francamente decepcionante. Al acercarse al grupo de las chicas malas con paso inseguro, María y Natalia miraron a la muchacha de arriba abajo con gesto de asombro.

Se había hecho mechas californianas, llevaba un top minúsculo y una minifalda vaquera que dejaba al descubierto tres cuartas partes de su cuerpo, hasta entonces disfrazado debajo de pantalones y camisas del siglo pasado.

Elena, la pelirroja, siguió aporreando las teclas del móvil con la mente a kilómetros de distancia de donde aparentemente había abandonado un cuerpo que podría catalogarse de espectacular, sin prestar atención a la curiosa metamorfosis de aquella oruga insignificante, ajena a su pequeño círculo de amistades.

—¿No ha venido Rachel? —preguntó Claudia con un nudo en la garganta.

—¿Tú la ves acaso? —Natalia apuró el cigarrillo, pisoteó la colilla y siguió hablando con María, ignorando ostentosa-

mente a la recién llegada. María disfrutaba aplastando moscas muertas como Claudia Albert. Siempre había tenido una vena sádica que salía a relucir en los momentos más inoportunos.

—Supongo que no tardará. Había quedado con ella para hacer unas compras.

Las dos muchachas interrumpieron la conversación bruscamente para mirarla con atención. Estaban estupefactas. Natalia sintió una envidia enfermiza. Llevaba años luchando por ser la preferida de Rachel, haciéndole regalos, riéndole las gracias, dándole la razón en todo... Pero Rachel nunca había tenido el detalle de quedar con ella a solas para hacer algo divertido y, para colmo, ahora se lo pedía a Claudia Albert. Sin duda, una de las tías más capullas de toda la clase.

—¿Tú y Rachel? Vamos, esto es de locos —dijo María dándole la espalda para dejar claro que estaba fuera del grupo hasta que llegara la desaparecida y confirmara la estúpida versión de la cita.

Claudia se sentó en una esquina del banco alisándose la falda vaquera con cuidado, sacó con dedos temblorosos los auriculares de la mochila y se puso a escuchar lo último de The Killers. Le ardía la cara y solo quería que Rachel, la líder de esas estúpidas integrales, llegara lo antes posible. Aquella situación era de lo más incómoda. Levantó la vista del suelo para descubrir con horror que Jan estaba mirándola, y eso hizo que se sintiera aún más ridícula.

—¿No es esa la tía del otro día, la que me preguntó por mi hermano? —dijo Jan.

—Sí, creo que sí. Tiene ese lunar tan sexy encima del labio... Aunque la otra era más morena e iba vestida como la

tatarabuela de los Simpson —contestó Pablo, y todos se echaron a reír. El deporte favorito de Pablo era partirse la caja. No importaba lo cruel que fuera la broma. Nunca había dejado que los escrúpulos le estropearan una buena ocurrencia, aunque para ello tuviera que cargarse a su propia madre.

—Pues mírala ahora, con esa faldita vaquera llena de agujeros y esas mechas rubias está para comérsela. —Mario acompañó sus comentarios con un gesto obsceno—. Este curso me la hago fijo.

—¿Qué dices, mamón? Nadie ha dicho que vaya a dejarte el campo libre. Voy a preguntarle de qué conoce a mi hermano.

Mario sintió una rabia irracional. Aquel Jan era un pedazo de gilipollas. Siempre empeñado en demostrar que los demás no le llegaban a la suela de los zapatos y, para colmo, todas esas chicas babeando por él sin que tuviera que mover ni un dedo.

Jan se alejó del grupo y caminó hacia Claudia, se quitó las gafas de sol y le sonrió. El resto de las chicas se quedaron calladas, mirando con gesto bobalicón al muchacho. Él era patrimonio de Rachel y ninguna de las tres se hubiera atrevido a devolverle la sonrisa ni a mirarlo de aquella manera tan perruna. Estaba claro que esa tía era totalmente idiota y no tenía ni idea de lo que Rachel era capaz cuando alguien se atrevía a prestar demasiada atención a los tíos considerados de su propiedad.

—Hola, soy Jan. El otro día me preguntaste por mi hermano gemelo.

—¿Sergio del Pino es tu hermano gemelo? —Claudia se quedó pasmada—. Creía que erais solo amigos.

—Somos bivitelinos. De los que no se parecen. Soplamos las velas el mismo día y todo ese rollo, pero nada de cambiarnos en los exámenes ni de ligar con la misma chica. — Sonrió y su cara se convirtió en el anuncio de Trident White —. ¿Ya lo has localizado?

—¡Oh! Sí, gracias. Estamos haciendo un trabajo de literatura juntos.

—¿Estás en primero de bachiller ya? Chica lista. Yo estoy repitiendo cuarto de la ESO.

—¡Ah!

—Y visualizo una nueva catástrofe para la primera evaluación. A lo mejor tú podrías ayudarme con un par de asignaturas cualquier día de estos.

—Claro, cuando quieras.

—Entonces, todo arreglado.

Claudia se levantó para despedir al chico con un apretón de manos algo teatral. Rachel contempló la escena desde lejos llena de rabia. ¿Qué se había creído aquella zorra? Jan era terreno vedado y ella no tenía ningún derecho a interponerse.

Sara Peña se acercó a Rachel para entregarle una carpeta llena de papelotes. Era una chica de cuerpo rotundo, pelo rizado y ojos azules que, de no sobrepasar los estrictos cánones actuales en más de diez kilos, podría resultar muy atractiva. Se ocupaba del periódico del instituto y siempre sacaba unas notas insultantemente buenas. Rachel la miró sorprendida. Aunque iban a la misma clase, apenas se habían dirigido un par de frases en los últimos años.

—La señorita Rodríguez me ha dado esto para ti. Tienes que escribir un artículo sobre la importancia de la imagen en la adolescencia.

—¿Quéééé...?

—Dice que si alguien puede hacerlo bien, esa eres tú. — Sara intentó sonreír para neutralizar la rabia inesperada de Rachel Johnson. Pero eso aún irritó más a la líder de las divinas.

—Oye, ballenato, estoy segura de que todo esto es cosa tuya.

—Ha sido idea de la profesora. —Sara parecía a punto de llorar.

—Tú eres la directora del periódico.

—Pero es ella la que decide casi todo.

Rachel apartó de su camino a Sara de un manotazo y la miró con fiereza.

—Mira, culo gordo, hazme un favor: coge fuerzas con un buen atracón de bollos y después te vas al departamento de Letras y le dices a la zorra de Lengua que escriba ella misma esa porquería de artículo. Yo no puedo ocuparme de esas estupideces.

—Pero...

—Necesito muchísimo tiempo para cuidarme. Todo esto que ves —recorrió su silueta perfecta con las dos manos abiertas— no es al cien por cien un don divino. Me lo tengo que currar un poquito.

Docenas de muchachos se volvieron para mirar fijamente a Sara antes de estallar en una ruidosa carcajada. La muchacha se quedó en el centro de un círculo improvisado, con la carpeta extendida y los ojos llenos de lágrimas. De repente, el calor se volvió casi insoportable. Sentía la enorme falda de la talla cuarenta y cuatro pegada firmemente a sus muslos y las medias de espuma negra estrangulándole las pantorrillas. Por alguna razón paranormal, los pantis

compresores se habían vuelto extrañamente diminutos o sus piernas habían duplicado su tamaño habitual.

Una bola apretada de papel mojado atravesó veloz medio patio para ir a estamparse en su nariz. Oyó nuevas risas, algún insulto... y entonces Sara empezó a vomitar. Después todo se volvió negro y su memoria se encargó de borrar todos los hechos bochornosos que sucedieron después de que se desplomara sin sentido.

Pocas horas después, un testigo del suceso estrenó su libreta con tapas duras de cartón negro y cierre de goma ancha para escribir:

LOS LEONES QUE NO CREÍAN EN DIOS  
(CUADERNO DE VIAJE MOLESKINE.  
PÁRRAFO PRIMERO)

Año 2006. Un tipo muy devoto entró en la jaula de los leones del zoológico de Kiev chillando entusiasmado: «No os preocupéis, hermanos, si Dios existe me salvará». Un león incrédulo saltó encima de él y le partió el cuello. Después todos se unieron al festín y no dejaron ni las barbas.

Hoy, en el patio, me he sentido pura basura radiactiva mientras una leona llamada Rachel Johnson fulminaba a su última víctima, que seguramente también creía en Dios.

Woody Allen (o algún otro gracioso de Yanquilandia) dijo: «Si Dios existe, más vale que tenga una buena coartada». Yo también opino así, que debería tener una disculpa infalible para permitir todo esto y seguir siendo bueno. Quiero decir bueno según nuestra idea humana del asunto.

## CAPÍTULO 2

## La inutilidad de volverse invisible

SUSANA, LA MADRE DE SARA, colgó el teléfono con cara de preocupación. El médico de cabecera le pedía de nuevo un poco más de paciencia. Aquello era un virus, estaba seguro. Justamente llevaba atendiendo a un montón de casos como el de su hija en los últimos días y no tenía sentido martirizar a la chiquilla con nuevas pruebas sin haber una duda razonable de que las cosas no estaban siguiendo su curso normal. Los últimos análisis no revelaban nada extraño, más allá de una pequeña infección que podía estar en cualquier parte del cuerpo, seguramente en el estómago, y una pérdida de peso moderada.

Aun así, su hija llevaba dos semanas en la cama, apenas podía comer y vomitaba casi todos los días. Lo alucinante del caso es que no tenía fiebre. Solo un dolor de cabeza espeso y los ojos enrojecidos, como si llorara a escondidas. Se pasaba el día sentada en la cama, con el ordenador portátil sobre las rodillas, escribiendo con furia y consultando páginas secretas que cerraba de un clic automático cuando su madre se acercaba a tocarle la frente o a llevarle un vaso de leche tibia.

Sara había borrado de su memoria las caras asustadas de los mamones risueños, la ambulancia y su breve paso por el hospital. Todo se lo había tragado un abismo blanco y va-